



BIOPODER, NECROPOLÍTICA Y VIOLENCIAS MÚLTIPLES

Módulo 4. ¿Por dónde cruzan los racismos en México?

Sesión 4.2. Necropolítica y violencias múltiples

Este documento de trabajo aborda los siguientes textos:

- Mbembe, Achille (2011) “Necropolítica”, (trad.) Elisabeth Falomir Archambault, España: Melusina, p. 17-76.
- Gómez Izquierdo, Jorge (2014) “La conceptualización del racismo en Michel Foucault” en Interdisciplina, vol. 2, núm. 4, sept-dic 2014, CEIICH-UNAM, México, pp. 121-142.
- Hernández Castillo, R. Aída (2017) “La guerra contra el narco. Violencia de género, militarización y criminalización de los pueblos indígenas” en: *Pueblos indígenas y Estado en México*, CIESAS:México, pp. 244-269.

En este documento de trabajo presentamos el concepto de necropolítica (del francés necropolitique), acuñado por el filósofo camerunés Achille Mbembe en 2006. Para desarrollar el concepto, el autor recurre a la teoría del poder de Michel Foucault y también a la teoría post-colonial, por lo que dedicamos un breve primer apartado a la conceptualización básica del biopoder y su relación con el racismo en Michel Foucault siguiendo a Jorge Gómez Izquierdo.

Necropolítica es un concepto fundamental para comprender la relación actual entre el Estado, la guerra, la economía y las diferentes categorías de personas en regímenes post-coloniales, ya sea en estados de excepción o en estados de sitio.



Presentamos el concepto de necropolítica basados por completo en el texto original de Membe en tres apartados: qué es necropolítica y cómo se ejerce en el régimen colonial; cómo se ejerce en la ocupación colonial moderna, específicamente el caso de Palestina; y la necropolítica en las guerras contemporáneas.

En la tercera parte del documento de trabajo presentamos una breve síntesis del trabajo de Rosalva Aída Hernández Castillo sobre la guerra contra el narcotráfico en México como escenario para comprender los mecanismos de la necropolítica en la racialización de los territorios y sus poblaciones, así como en el control y violación de los cuerpos de mujeres indígenas como estrategia de guerra y despojo territorial. Destacamos los elementos que ofrece la autora para entender cómo el racismo estructural es fundamental para entender la violencia y la perpetuación de las desigualdades en México.

I.

Michel Foucault contrapone dos formas fundamentales de poder: el poder soberano o soberanía con el biopoder. La primera se refiere a la facultad del soberano de decidir sobre la vida y la muerte de los súbitos, lo que se expresa sintéticamente en la idea de “hacer morir o dejar vivir” y que funciona a través de mecanismos de apropiación y sustracción que “culminan en el privilegio de apropiarse de la vida misma para suprimirla” (Gómez Izquierdo, 2014: 131). El vasallaje, la servidumbre y la esclavitud son ejemplos de esta forma de poder. A ese poder soberano se le ha sobrepuesto desde el siglo XVIII una nueva forma de poder que tiene por objetivo, no suprimir la vida, sino desarrollarla y asegurarla mediante el control, la vigilancia y la dirección de los subordinados para producir y ordenar la fuerza humana (el “encausamiento de los cuerpos”) más que doblegarla o destruirla. Esta forma de poder paralela a la conformación de los Estados nación, llamada por Foucault “biopoder”, surge de la mano del



capitalismo industrial decimonónico. El campo de la vida se vuelve foco de la intervención política y es la forma moderna de ejercicio del poder centrada en la lógica del “hacer vivir y dejar morir” (Gómez Izquierdo, 2014: 131-132).

La preocupación del Estado se torna hacia garantizar la vida, su reproducción y fortaleza y la administración de la vida se vuelve el foco de las estrategias políticas del Estado. Así, el biopoder funciona a través de la segregación de “las personas que deben morir de aquellas que deben vivir” (Mbembe, 2011: 21), así como del control biológico entre vivos y muertos.

De acuerdo a Foucault, la sociedad moderna en la que funciona el biopoder es el campo donde el racismo surge y echa raíces y es su justificación para la colonización y el genocidio colonizador (ver sesión 1.3 sobre orígenes del racismo para ubicar esta postura). El biopoder descubre en el racismo una tecnología para separar y jerarquizar a la población, un criterio para discernir entre la población que debe “dejar morir” y aquella que hay que proteger para “hacerla vivir”; usa la “raza”, su purificación o eliminación, para ejercer el poder soberano. Así, “el racismo es un mecanismo privilegiado del poder estatal dado que forma parte de la racionalidad política del Estado” (Gómez Izquierdo, 2014: 122).

II.

Con esta conceptualización foucaultiana en mente, Mbembe define la necropolítica como la política basada en la idea de que, para el poder, unas vidas tienen valor y otras no, y que se concentra la *soberanía* para matar, dejar morir o dejar vivir. *Soberanía*, como la entiende Carl Schmitt, es la posibilidad del poder de dar vida o muerte imponiendo un estado de excepción. Como dijimos antes, en este caso, soberanía no significa –como en las ciencias políticas o en las relaciones internacionales– independencia y autodeterminación de un Estado-nación, sino las relaciones de poder entre el Estado-nación y la vida de



los ciudadanos a través del control de la mortalidad. Mbembe “plantea la hipótesis de que la expresión última de la soberanía reside ampliamente en el poder y la capacidad de decidir quién puede vivir y quién debe morir” (Mbembe, 2011:19).

De esta forma, Mbembe cree hallar los orígenes de la política del “hacer morir y dejar vivir” en el periodo colonial, “momento de gran desestructuración de los límites entre la vida y la muerte” (Mbembe, 2011:14), y donde el cuerpo humano fue cosificado al volverse un recurso de entre muchos otros para ser explotado. En este momento, la noción de persona fue socavada, extraída del cuerpo, al grado de que vaciado de su integridad moral, no era otra cosa más que una pieza en la maquinaria.

Como Foucault, el autor entiende la soberanía como el derecho de matar. Para Mbembe, entonces, vida es despliegue y manifestación del poder. Argumenta que la soberanía es definida y justificada mediante el "estado de excepción" y las relaciones de enemistad, en las que el objetivo fundamental del poder es eliminar la pluralidad, la alteridad y la disidencia, mediante el terror y el asesinato.

Para explicar lo anterior Mbembe presenta tres ejemplos. En primer lugar considera la esclavitud como un momento de ensayo y consolidación de la biopolítica y la racionalidad occidental. El esclavo como un ser que ha perdido el hogar, el derecho sobre su cuerpo y el estatus político. Esta es la dominación absoluta, una muerte en vida o una muerte suspendida a capricho del amo, marcada por el horror, crueldad y desacralización. Por ello, en este caso, Mbembe considera que a pesar de que en la plantación están el amo y los esclavos conviviendo juntos, no existe una verdadera comunidad ya que no hay comunicación, no hay libertad de palabra y pensamiento para los esclavos.



Aquí el autor introduce un nuevo concepto, tomado de Paul Gilroy, que es “vivir de forma no-sincrónica” entendido como la “contradicción entre la libertad de propiedad y la libertad de la persona” (Mbembe, 2011: 33). Sin embargo, matiza Mbembe, incluso en la esclavitud y en el espacio de la plantación, “el esclavo es, pese a todo, capaz de crear un objeto, instrumento, lenguaje o gesto una representación estilizándolos”; es decir, es capaz de crear una estetización de la vida.

El segundo ejemplo que Mbembe utiliza en su argumentación es el de los regímenes segregacionistas, de *Apartheid*, en las colonias africanas, en los que la “raza” es la noción que articula la concatenación del biopoder, el estado de excepción y el estado de sitio. El tercer ejemplo que emplea es el del Holocausto durante la Segunda Guerra Mundial. En este caso afirma que los pueblos civilizados llegaron a ejercer las prácticas que antes habían sostenido sólo con los “salvajes”. Tesis post-colonial y opuesta a la que sostiene Michel Foucault.

En todos los casos, lo que persigue Mbembe es poder afirmar:

que en el pensamiento filosófico moderno, tanto como en el imaginario político europeo, la colonia representa el lugar en el que la soberanía consiste fundamentalmente en el ejercicio de un poder al margen de la ley [...] y donde la ‘paz’ suele tener el rostro de una ‘guerra sin fin’ (Mbembe, 2011: 37).

Así pues, las colonias son la antítesis del Estado. Un Estado no debe ejercer ningún derecho más allá de sus fronteras, pero al interior, es la suprema autoridad y entre sus funciones principales está matar o acordar la paz. Por tanto, los Estados han “civilizado” el asesinato y racionalizado las formas de matar. En cambio “las colonias son zonas en las que la guerra y el desorden [...] son el lugar por excelencia en el que los controles y las garantías del poder judicial pueden ser



suspendidos, donde la violencia del estado de excepción [...] opera al servicio de la ‘civilización’” (Mbembe, 2011: 39).

Esto se debe a la existencia de un componente racista que media entre el conquistador y el indígena que les impide la identificación y los pone de frente en una hostilidad absoluta. Para los conquistadores, los “salvajes” eran parte de la naturaleza, carecían de lo específicamente humano y, por tanto, matarlos no implicaba un crimen. Sancionado el estado de sitio y de excepción, la legalidad se constituye entorno a la violencia: “según esta configuración, la violencia constituye la forma original del derecho y la excepción proporciona la estructura de la soberanía” (Mbembe, 2011: 42).

III.

La ocupación colonial, dice Mbembe, es una forma de control físico y geográfico a través del ejercicio de la soberanía. Por ello es también un conjunto de relaciones sociales y espaciales definidas por líneas de demarcación y jerarquías entre grupos de personas con derechos diferenciados según las diferentes categorías de personas (sujetos u objetos). En la modernidad, dos grandes formas de categorizar personas son la clase y la raza; y están interrelacionadas con otras categorías que definen al poder soberano quién muere y quién vive. Concluye Mbembe: “[...] la soberanía es la capacidad para definir quién tiene importancia y quién no la tiene, quién está desprovisto de valor y puede ser fácilmente sustituible y quién no” (Mbembe, 2011: 46).

Según Mbembe, hay una diferencia entre la ocupación colonial moderna y la tardía. Para ejemplificar esta última, se refiere a Palestina, donde la relación entre lo disciplinario, la biopolítica y la necropolítica difiere, dado que el Estado arguye la soberanía basado en su propio relato de la historia y la identidad de un derecho divino a la existencia. En este caso, la enemistad absoluta entre



personas está fundamentada en la enemistad absoluta entre deidades y tiene lugar a través del terror sagrado.

El necropoder se manifiesta en una formación específica del terror, visible por cómo obstaculiza la movilidad y segrega a la población. En la franja de Gaza encontramos sus principales características:

- La fragmentación territorial a través de una compleja red de fronteras interiores y células aisladas que no obedecen a una geometría plana del territorio sino transdimensional: subsuelo, suelo y espacio aéreo (políticas de la verticalidad).
- El acceso prohibido a ciertas zonas mediante el trazado urbano de las vialidades y “exclusividad recíproca” (Fanon) en un mismo paisaje. No hay un frontera entre dos Estados, sino líneas provisionales que dividen: “en los puntos en que las redes se cruzan, se instalan separaciones improvisadas” (Mbembe, 2011: 50).
- La guerra de infraestructuras: desde el espacio aéreo se utilizan varias tecnologías para la observación, que en combinación con el constante sabotaje de la infraestructura social y urbana del enemigo, trabajan para matar con mayor precisión.

En resumen el necropoder asigna al mando de la fuerza militar local la capacidad de decidir arbitrariamente, la “libertad de matar a quien les parezca y dónde les parezca. Los desplazamientos entre distintas células territoriales requieren permisos oficiales. Las instituciones civiles locales son sistemáticamente destruidas” (Mbembe, 2011: 53). La necropolítica erosiona a la sociedad civil organizada, desmovilizando sus acciones por amedrentamiento por la violencia.



IV.

Luego Mbembe analiza las guerras contemporáneas. Éstas no se basan en la “violencia contractual”, ni en las tipologías de guerra “justa” o “injusta” y sus objetivos no son la conquista o anexión de un territorio, sino la sumisión del enemigo a través de daños duraderos en la vida civil con el fin de mermar el sistema de supervivencia. Por tanto, la soberanía, así como la define Mbembe, no es un ejercicio sólo de los Estados y sus ejércitos regulares, sino que la mano de obra militar está disponible en el mercado global en forma de “máquina de guerra”: “facciones de hombres armados que se escinden o funcionan según su tarea y circunstancias [como] una organización política [o] una sociedad mercantil” (Mbembe, 2011: 58). Además, el autor apunta que “el Estado puede, por sí mismo, transformarse en una máquina de guerra. Puede, por otra parte, apropiarse para sí de una máquina de guerra ya existente, o ayudar a crear una” (Mbembe, 2011: 59).

Una máquina de guerra combina funciones y tecnologías tanto del ámbito político como del mercantil a nivel local, regional y transnacional contra poblaciones civiles desarmadas, masacrándolas y aterrorizándolas. La máquina de guerra surge principalmente en torno a enclaves económicos. Por tanto, genera un ambiente social con características particulares de extracción y explotación extrema tanto de recursos naturales como de recursos humanos sometidos a masacres. Según Mbembe, en este ambiente surge una forma inédita de gobernabilidad que llama *gestión de multitudes*. Esto es “tentativas brutales de inmovilizar y neutralizar espacialmente categorías completas de personas, o paradójicamente, liberarlas para forzarlas a diseminarse en amplias zonas que rebasan los límites de un Estado territorial” (Mbembe, 2011: 62).



Los personajes de estas sociedades son: el mártir que muere por la libertad y el superviviente que mata por seguridad. El caso del mártir reconfigura las relaciones entre resistencia, sacrificio y terror ya que el valor de la libertad o su deseo superan la vida misma. El cuerpo del mártir es el arma, se acerca al enemigo y lo mata pero muere con él. La muerte es sobre lo que tiene poder el individuo, donde se funden libertad y negación en estado puro. En la figura del mártir vemos la sumisión de la vida al poder de la muerte.

La noción de biopoder es suficiente para reflejar las formas contemporáneas de sumisión de la vida al poder de la muerte [...] las nociones de política de la muerte y de poder de la muerte, para reflejar los diversos medios por los cuales, en nuestro mundo contemporáneo, las armas se despliegan con el objetivo de una destrucción máxima de las personas y de la creación de mundos de muerte [donde las personas son muertos vivientes] (Mbembe, 2011: 75).

V.

La guerra contra el narcotráfico en México es un claro ejemplo del mecanismo de la necropolítica para el cual unas vidas tienen más valor que otras y de la soberanía del poder para matar no sólo al sujeto criminalizado sino a otros cuerpos desvalorizados que habitan los territorios de excepción en que se vive en amplias regiones del país al menos desde su declaración oficial en 2006.

Para Aída Hernández Castillo (2017) la guerra contra el narco muestra el vínculo entre el control y la violación de los cuerpos de las mujeres indígenas y la ocupación de sus territorios para el despojo de los recursos naturales (ver casos de despojo en sesión 4.2). Además evidencia que en la jerarquía de valor de los cuerpos que la necropolítica establece la racialización (ver sesión 1.4) de los sujetos tiene un lugar muy importante. Aunque el ejercicio de la violencia en México no tenga un componente racista intencional, el racismo estructural está presente en cómo se ejerce dicha violencia, en dos sentidos: En primer lugar, la



violencia se ejerce contra cuerpos racializados que tienen menos valor y han sido históricamente vulnerabilizados. Basta con ver los cuerpos que inundan las fosas comunes y clandestinas de México, siendo principalmente hombres indígenas jóvenes. En segundo lugar, la violencia tiene efectos racializantes pues afectan de forma desproporcionada a ciertas poblaciones y reproducen su marginalidad (Hernández Castillo, 2017: 247-248).

En este sentido la autora habla de la existencia de “geografías racializadas” como la construcción de la territorialidad y la distribución del espacio marcadas por la racialización. Es decir, el territorio se produce socialmente mediante políticas, prácticas, doctrinas y formas de saber que lo categorizan en términos raciales y justifican las jerarquías y exclusiones. Este proceso social ubica ciertos cuerpos en ciertos espacios más marginales y dirige de forma diferencial las acciones y recursos públicos a los territorios dependiendo de los cuerpos que los habitan en contraposición a otros territorios que se vuelven el “lugar de las vidas valiosas”. Este racismo deshumaniza los cuerpos ubicados en los espacios racializados y los vuelve desechables (Hernández Castillo, 2017: 246-250). Cuando sumamos a la racialización estructural del territorio y sus habitantes el factor de la guerra contra el narcotráfico, la criminalización, vulneración de derechos y asesinato de las personas también se explica mediante un racismo institucional expresado, por ejemplo, en las instituciones judiciales y de seguridad pública.

Desde el punto de vista interseccional las opresiones raciales se sobreponen y potencian con las opresiones de género, dejando a las mujeres racializadas como las principales víctimas del despojo y de la violencia social y sexual. En regiones militarizadas y paramilitarizadas, el control del cuerpo y la vida de las mujeres es (e históricamente siempre ha sido) una estrategia de guerra y despojo. En su artículo, Aída Hernández analiza varios casos de mujeres violadas por militares y cómo fueron revictimizadas en los procesos de justicia penal que enfrentaron y



donde se muestra el racismo estructural en las instituciones encargadas de los casos. Más que casos aislados, la autora los interpreta como parte de las lógicas neocoloniales de la necropolítica que fundamentan y reproducen las desigualdades de género y “raza”/etnia.